

EL ESPACIO Y EL TIEMPO

Por CARLOS NORDMANN

(Astrónomo del Observatorio de París)

La ciencia entera desde Aristóteles hasta la fecha, ha estado fundada sobre hipótesis, o, mejor dicho, sobre las hipótesis de que existe un tiempo absoluto y un espacio absoluto. Dicho de otra manera; ha hecho que nuestras nociones descansaran en la idea de que un intervalo de tiempo, y un intervalo de espacio entre dos fenómenos dados, son siempre los mismos, cualquiera que sea el observador, cualesquiera las condiciones de la observación. Por ejemplo, mientras reinó la ciencia clásica no vino a la mente de nadie que el intervalo del tiempo, el número de segundos que separa dos eclipses de Sol sucesivos, puede no ser un número fijo e idénticamente el mismo para un observador colocado en la Tierra, y un observador colocado en Sirio —estando definido el segundo, para ambos, por el mismo cronómetro. —De la misma manera, nadie hubiera imaginado que la distancia en metros entre dos objetos, verbigracia, la distancia de la Tierra al Sol medida trigonométricamente en un instante dado, puede no ser la misma para un observador colocado en la Tierra y para otro colocado en Sirio— estando definido el metro para los dos por la misma regla.

Dice Aristóteles: “Que existe uno solo y mismo tiempo que se sucederá de manera parecida y simultánea en dos movimientos, y aun cuando estos dos tiempos no fueren simultáneos, serían de la misma naturaleza. Así, para los movimientos que se producen simultáneamente hay un solo y mismo tiempo, sean o no dichos movimientos igual-

mente veloces y aun cuando el uno sea local y el otro una alteración. Por lo tanto, los movimientos pueden ser distintos y producirse independientemente el uno del otro; de todos modos, el tiempo es absolutamente el mismo". Esta definición aristotélica del tiempo físico, data de hace más de 2000 años, y representa, con mucha claridad, la idea del tiempo, tal como la ha aceptado la ciencia clásica, hasta estos últimos años, particularmente por la mecánica de Galileo y Newton.

Sin embargo, parece ser que en frente de Aristóteles ya había esquiado Epicuro la actitud que, más tarde, opondría Einstein a Newton. Véase, en efecto, lo que escribe Lucrecio exponiendo las doctrinas epicúreas:

"El tiempo no existe por sí mismo, sino únicamente por los objetos sensibles, de lo que resulta la noción de pasado, de presente y de porvenir. No se puede concebir el tiempo en sí e independientemente del movimiento o el reposo de las cosas".

En efecto, desde Aristóteles, el espacio y el tiempo han sido considerados por la ciencia como datos invariables, fijos, rígidos y absolutos. Newton no pensó decir nada que no fuese evidente y vulgar cuando escribió en su célebre escolio: "El tiempo absoluto, verdadero y matemático, tomado en sí y sin relación con ningún objeto exterior, transcurre uniformemente por su propia naturaleza. De otro lado, el espacio absoluto, independiente por su propia naturaleza de toda relación con los objetos exteriores, permanece siempre inmutable o inmoto".

Toda la ciencia, toda la física y la mecánica, tales como hoy todavía se enseñan en los liceos y en la mayor parte de las universidades, están enteramente fundadas en estos enunciados, en estas nociones del tiempo y del espacio absolutos, tomadas en sí, y sin relación con ningún objeto exterior, independientes por su propia naturaleza.

En una palabra, si me atreviera a emplear esta imagen, diría que el tiempo de la ciencia clásica se parecía a un río en el que cual barcos, navegaran los fenómenos, pero que no

deja de correr con la misma celeridad aun cuando no navegue por él ninguna nave. El espacio era igualmente algo así como la ribera de ese río, ribera que no advierte las naves que pasan.

No obstante, desde la época de Newton, y aun de la de Aristóteles, un metafísico dotado de alguna reflexión podía haber observado que había algo aparentemente extraño en esa definición.

El tiempo absoluto y el espacio absoluto, son de esas cosas en sí que el espíritu humano ha considerado siempre que le eran directamente inaccesibles. Las especificaciones de espacio y tiempo son como los marbetes numerados que colocamos en los objetos del mundo exterior, lo mismo que se hace en las estaciones de ferrocarril con los paquetes para que no se pierdan — y la precaución no es siempre suficiente—; pero esos datos no nos los proporcionan nuestro sentido, provistos o no de instrumentos, sino cuando se trata de impresiones concretas. ¿Tendríamos la noción de ellos si faltaran los cuerpos que se refieren a esos datos, o mejor dicho, a los que referimos esos datos? Afirmarlo, como hacen Aristóteles, Newton y la ciencia clásica, es una audaz suposición, insuficientemente fundada.

“Es imposible —decía Enrique Poincaré— representarse el espacio vacío. De ahí proviene la relatividad irreductible del espacio. Cualquiera que hable del espacio absoluto emplea una palabra sin sentido. Estoy en un punto determinado de París, en la plaza del Panteón, por ejemplo, y digo: “Volveré aquí mañana”. Si me preguntan: “¿Quiere usted decir que volverá al mismo punto del espacio?” me tentará responder: “Sí”. Sin embargo, no tendré razón, porque de aquí a mañana, la Tierra seguirá marchando, llevándose consigo la plaza del Panteón, que habrá recorrido más de 2 millones de kilómetros. Y si quisiera precisar mi lenguaje, nada ganaría con ello porque esos dos millones de kilómetros los ha recorrido nuestro globo moviéndose con relación al Sol y el Sol cambia de sitio a su vez con relación a la Vía Láctea y ésta se mueve induda-

blemente sin que podamos conocer su velocidad. De suerte que ignoramos por completo e ignoraremos siempre cuánto se ha trasladado en un día la plaza del Panteón. En resumen, quise decir: "Mañana veré de nuevo la cúpula y el frontón del Panteón, y si no existiese el Panteón, mi frase no tendría sentido y el espacio se desvanecería".

Poincaré completa de este modo su pensamiento.

"Supongamos que, en una noche, todas las dimensiones del Universo se hacen mil veces mayor; el mundo habría permanecido semejante a sí mismo, dando a la palabra semejanza, el mismo sentido que en el tercer libro de geometría. Solamente, que lo que tenía un metro de largo mediría en adelante un kilómetro, y aquello que tenía un milímetro pasaría a medir un metro. La cama en que estoy acostado y mi cuerpo, se habrían agrandado en la misma proporción. Cuando me despertara al día siguiente, ¿qué sentimiento experimentaría ante tan extraña transformación? Pues bien: no experimentaría ninguno. Las medidas más precisas serían incapaces de revelarme nada de ese inmenso trastorno porque los metros de que me serviría habrían cambiado precisamente en las mismas proporciones que los objetos que tratara de medir. En realidad, ese trastorno sólo existiría para aquellos que razonan como si el espacio fuese absoluto. Si he razonado un instante como ellos, ha sido para hacer ver mejor, que su manera de pensar implica una contradicción".

Habiendo terminado con el espacio, pasemos al tiempo. A este respecto, las objeciones del relativismo filosófico estaban tiempo ha fundadas en el aire. Poincaré les dió su forma definitiva.

No hemos de seguirle en sus luminosas demostraciones que son bien conocidas; solamente, retendremos de ellas, que respecto del tiempo como del espacio se puede suponer ya un encogimiento, ya un alargamiento de la escala, circunstancias que pasarían completamente inadvertidas para nosotros, y lo cual parece mostrar la imposibilidad en que están los hombres de concebir un tiempo absoluto.

Si algún genio malicioso se divirtiera una noche en hacer que todos los fenómenos del Universo tuvieran una lentitud mil veces mayor, careceríamos de medios para advertirlo cuando despertáramos, y el mundo no nos parecería cambiado. Sin embargo, cada hora marcada por nuestros relojes duraría mil veces más tiempo que una de las antiguas, y los hombres vivirían mil veces más tiempo sin saberlo, porque las sensaciones retardarían otro tanto.

A los ojos de los relativistas los metros crean el espacio y los relojes el tiempo.



UN PROBLEMA SOCIAL

(EL DE LAS RAZAS)

Por GUILLERMO COLUNJE
(LINO TIPO)

En días pasados tuve una experiencia sugestiva en alto grado y halagüeña desde el punto de vista psico-sociológico nacional. Es una demostración de que la mente de las últimas generaciones no ha sido influida por el prejuicio de las razas, que, sobre todo en pueblos como el nuestro, resulta de lo más absurdo. El caso es común a toda la América, tanto la llamada latina o española, como la denominada inglesa. Puede ocurrir que estas líneas contribuyan en algo a eliminar las vallas puramente ideáticas que convierten esas condiciones en problema social.

La experiencia consistió en que, habiéndoseme comisionado para llenar las cédulas del censo escolar relativo a las tres secciones del primer año de la Escuela Normal del Instituto Nacional, al llegar a la clasificación por razas, todos los alumnos, a voz unánime, me respondieron con decisión y convicción: "Entre nosotros no hay más que una raza: todos somos mestizos".

La verdad era que de los 117 alumnos que componen ese año normal, entre quienes figuran 9 del sexo femenino, hay 19 que pueden ser clasificados sin vacilación como blancos, 11 como negros puros, y el resto como pertenecientes a la mezcla de las diversas razas principales, inclusive la mongólica o amarilla, que cuenta allí con un representante bastante característico, y la india aborigen, que cuenta dos. Prevalece, por supuesto, como se ve,

la mezcla de origen europeo y africano en sus diversas gradaciones. La estadística general demuestra ser ésa, más o menos, la composición étnica de la población total de la República. Yo creo que sería patriótico y juicioso encauzar ese proceso de evolución racial, de un modo organizado y consciente. Es ése el único medio de eliminar completamente el aparente problema. Lo contrario, la tendencia a ahondar la separación de las razas, es, a más de inhumano, suicida para la nación. Y cuenta que no pienso sólo en Panamá. Mi pensamiento abarca la América entera. Convertir en realidad palpitante el sentimiento expresado por los normalistas del Instituto, he ahí una causa digna de devoción.

Yo no me explico por qué los legisladores de todos nuestros países americanos no han tomado disposiciones efectivas tendientes a la unificación de la raza. Sólo el Brasil ha visto este asunto por el lado derecho, propendiendo a la mestización y fomentándola de un modo organizado. Es inconcebible que dondequiera se hayan tomado disposiciones para la mejora de las crías de ganados por el proceso de hibridación metódica, y no se haya pensado en aplicar al rebaño humano los mismos procedimientos, reglamentando los cruces. Es de advertir que Teodoro Roosevelt preconizaba ese procedimiento para poner fin al "negro problem" en su propio país, donde la lucha de las dos grandes razas pobladoras de América ha asumido los caracteres más agudos, dando lugar a hechos horripilantes y vergonzosos para un pueblo que se precia de ser heraldo y portaestandarte de la más elevada civilización.

Con amplísima visión, aquel grande estadista y patriota norteamericano recomendaba seguir el ejemplo del Brasil, donde el Estado hace concesiones especiales en tierras, herramientas agrícolas y préstamos en dinero al inmigrante europeo que se casa con mujer negra y viceversa, y a los hijos de tales matrimonios que a su turno se casen con europeos los colocá también en condiciones de mejora, otorgándoles una pensión moderada por cada hijo

hasta que éste ha alcanzado la edad de 18 años. Han bastado tres generaciones para la formación de una sub-raza perfectamente homogénea en aquel país, sub-raza que apenas si se distingue de la blanca pura, y para acabar completamente con el prejuicio de las castas. Ha quedado allí demostrado prácticamente que la degeneración, que algunos pretenden ser el resultado de la hibridación humana, no se produce, y que, por el contrario, el mestizo es en general un ejemplar humano vigoroso e inteligente, un fruto verdaderamente eugenésico, que por la armonía de sus formas físicas se acerca más al dechado de los antiguos griegos y en quien encuentra realización cabal el clásico adagio: "mens sana in corpore sano".

Por acá nosotros, donde el proceso de mestización se verifica constantemente y de una manera espontánea, hemos tenido numerosos ejemplos que comprueban el ningún fundamento de la pretendida inferioridad intelectual y moral de las razas negra y cobriza, y más abundosas y elocuentes instancias de lo mentido y falaz de la teoría de la degeneración por la mezcla. En todo terreno, en toda actividad, hemos tenido hombres de color representativos del más alto tipo moral y mental de la especie humana, como los Generales Infante y Montegudo, tenientes de Bolívar; el eminente tribuno Luis Antonio Robles; poetas como Candelario Obeso y Gaspar Octavio Hernández; hombres de Estado como Carlos Mendoza. Pero citemos ejemplos que por haber alcanzado fama internacional, por haber sido de magnitud que los ha colocado entre los inmortales, son más impresionantes, tienen mayor fuerza de convicción. Quiénes fueron los Dumas, padre e hijo? El fecundo autor de Los Tres Mosqueteros, era un mulato; el creador de La Dama de las Camelias, un cuarterón. Mestizos fueron Ruy Barbosa y Rubén Darío. El último premio de la Academia Goncourt lo alcanzó un mulato: René Marán. En el seno mismo de los Estados Unidos del Norte, en aquella atmósfera completamente hostil, en aquel terreno impropicio por completo al desenvolvimiento de los hombres de una raza tenida por incapaz, pudo desta-

carse la venerable figura de Booker Washington. México registra en su romántica historia nacional los nombres de dos individuos de extracción cobriza, que son dos glorias de la humanidad: Morelos y Juárez.

En reciente artículo escrito desde la cárcel y publicado en *Current History*, Marcus Harvye dice que no hay peor enemigo de la raza negra que el mestizo de tercero o cuarto grado que ya pasa por blanco; el "negro desteñido", como él apellida esa especie. En donde quiera que el prejuicio de razas se acentúa, ocurre con más o menos intensidad la misma cosa. Y por desgracia en Panamá, a pesar de las condiciones que prevalecen y que arriba quedan descritas, se nota cada día un tendencia más marcada a hacer más infranqueables las diferencias de color y a entrabar la unificación de la especie. Son precisamente los "desteñidos" los que más repugnancia muestran hacia el negro y el mulato oscuro. Quizás ello no sea sino una manifestación hiperestésica y subconsciente del deseo mismo de unificación racial. Quizás sea ello más bien efecto de la influencia ejercida por la mayoría del elemento estadounidense con el cual la población panameña se ha puesto en íntimo contacto por causa de la apertura del Canal, elemento aquel que nos ha importado su desprecio y su falta de caridad para con los negros y sus derivados, consiguiendo contagiarse de tales sentimientos a algunos de los nuestros. Lo cierto es que si en el campo de la política, del comercio, de la enseñanza, de la industria y las artes, la indiscriminación de las razas sigue casi como antes, en el terreno de la familia, de la vida de hogar, de lo que suele llamarse "sociedad" porque en realidad es base de ésta, es decir, el campo de las relaciones naturales e instintivas de la especie, comienzan a demarcarse límites no fundados en otra cosa que en el color de la piel. Aun se ha llegado, para ciertas posiciones de viso, oficiales y privadas, que llevan consigo funciones "representativas" a dar preferencia a la ineptitud blanca en contra del mérito de cutis oscuro.

Es urgente poner coto a esas tendencias, por antipáticas, por antidemocráticas, por antirrepublicanas, por antipatrióticas, por ir en contra de toda teoría liberal; por estar en pugna abierta con la naturaleza misma de nuestra conformación étnica ya bien demarcada, porque si tal antagonismo de razas en un país como los Estados Unidos constituye peligro tan grave como el de pasar un hacha por el mollejo en la vecindad de un barril de pólvora, en todos los países hispanoamericanos como el nuestro, sin dejar de ser un peligro serio, resulta cosa caricaturesca y risible. Nada tan lamentable como los casos que por ahí les han ocurrido a Rubén Darío y a Manuel Ugarte, cuando algún croniquillero criollo, negroide a buen seguro, que ha tenido la suerte de ser admitido en la redacción de un periódico de España, se ha referido a ellos diciendo que no están ni pueden estar a la altura de su propia fama, porque son o fueron negros.

Luis Bonafoux, que vió la luz en Puerto Rico, decía que ninguna persona nacida en América, en toda la América, Norte, Centro y Sur, podía estar segura de no tener una partícula de indio o de africano, y eso es una verdad mucho mayor en países como Panamá. Así lo sintieron y lo expresaron, tal vez intuitivamente, los alumnos del Instituto Nacional que han sido la inspiración inmediata de estas líneas. En la América toda debería cultivarse esa manera de pensar y de sentir, y fomentar su realización, como ya he dicho, por los métodos que preconizaba el Coronel de los Rough Riders y que el Brasil se anticipó a poner en práctica por la acción oficial.

Yo no simpatizo en lo más mínimo con apostolados como el de Marcus Garvey, y el ruidoso fracaso sufrido por éste en su empresa marítima de la "Negro Star Line" y consiguiente fundación de la República del Africa, es la mejor prueba de que no es ése el camino de Damasco.

Y si bien se mira, el prejuicio en contra de la raza negra no tiene razón de ser en parte alguna. Lo dicho por Bonafoux puede extenderse a todo el mundo. El patriciado romano se mezclaba carnalmente, en muchas instancias

en matrimonio legítimo, con las princesas nubias cautivas, con las etiofes de morbidez estatuaria. Y el pueblo, los legionarios, Roma entera, seguía el ejemplo de su nobleza. Mulatos fueron varios Cónsules, Generales y Emperadores de Roma. Algunos otros fueron berberiscos. Una mujer de color perdió a Marco Antonio: la fascinante Cleopatra. Y así podrían citarse otros ejemplos, pues el Imperio Romano con sus conquistas extendió su influencia política directa y la de sus costumbres, sus ideas y sus gustos, a lo que hoy forma Italia, Austria, Checoslovaquia, Yugoslavia, parte considerable de Alemania, Bélgica, los países bálticos, Grecia, Turquía, todo el norte de Africa, España, Portugal, Inglaterra, Escocia, Irlanda, y en todas esas regiones se mezclaron libremente las diversas razas que las componían, cuyos individuos de ambos sexos transmigraban como soldados o botín de éstos, como cautivos y rehenes, como funcionarios, de unas a otras de las distantes y varias regiones del Imperio. En algunas de ellas es todavía materialmente notoria la huella de esas mezclas. Y no puede afirmarse que ellas fueran una de las causas de la decadencia.

Jactándose los Estados Unidos de ser una reproducción moderna del imperio de antaño y habiendo allí un movimiento consciente, bien marcado, para imitar, sobrepujándolos, a los romanos clásicos, es raro que no trate de imitárseles también, en esa despreocupación por los matices de la epidermis, lo sedoso del cabello y la pronunciación del prognatismo.

Pero si los del Norte suelen darnos a los del Sur ejemplo, que nosotros seguimos muchas veces sin discernimiento, en muchísimas cosas, buenas y malas, tratemos de darles a nuestro turno, por lo menos el ejemplo práctico de la unificación de las razas, de la fusión metódica y progresiva de todas hasta la formación de una homogénea, vigorosa, inteligente y bella. El Brasil va a la cabeza por ese camino. Sigámosle.

INVOCACION A LA MADRE

Por GABRIELA MISTRAL

Madre, yo he crecido como un fruto en la rama espesa, sobre tus rodillas profundas. Ellas llevan todavía la forma de mi cuerpo; otro hijo no te la ha borrado y tanto se habituaron a mecirme, que cuando ya corría por los caminos, ellas estaban allí, en el corredor de la casa, tristes de no sentir mi peso.

No hay ritmo más suave entre los cien ritmos derramados por el "Primer Músico" en el mundo, que ése de tu mecedura, madre, y las cosas plácidas que hay en mi alma se cuajaron con ese vaivén de tus brazos y tus rodillas.

Y a la par que mecías me ibas cantando, y los versos no eran sino palabras tuyas juguetonas, pretexto para tus "mimos". En esas canciones tú me nombrabas las cosas de la tierra: los cerros, los frutos, los pueblos, las bestiecitas del campo, como para domiciliar a tu hija en el mundo, como para enumerarle los seres de la familia tan extraña en que la habían puesto a existir. Y así yo iba conociendo tu duro y suave universo: no hay palabrita nombradora de las criaturas que no aprendiera de ti. Las maestras que vinieron después sólo usaron de las visiones y de los nombres hermosos que tú ya me habías entregado.

Tú ibas acercándome, madre, las cosas inocentes que podía coger sin herirme: un jazmín o una yerbabuena del huerto, una hoja de yedra del corredor, y yo palpaba en ellos la amistad de las criaturas. Tú a veces me comprabas, y otras me hacías los juguetes: una muñeca de ojos muy

grandes, como los míos, una casita que se desbarataba con poca cosa. Pero los juguetes muertos yo no los amaba, tú te acuerdas; el más lindo era para mí tu propio cuerpo.

Jugaba con tus cabellos como hilos de agua escurridizos; con tu barbilla suave y redonda; con tus dedos que trenzaba y destrenzaba. Tu rostro inclinado era para tu hija todo el espectáculo del mundo. Con curiosidad miraba tu parpadear rápido y el juego de la luz que se hacía dentro de tus ojos verdes, y aquello tan extraño que solía pasar sobre tu cara cuando tenías una cosa que yo ignoraba, cuando eras desgraciada, madre.

Sí, todito mi mundo era tu semblante: tu frente como un llano con rastrojo dorado; tus mejillas como la loma de curva depurada y los surcos que la pena cavaba hacia los extremos de la boca, eran dos pequeños vellecitos tiernos. Aprendí los colores y las formas mirando tu cabeza: el color de la última tarde estaba en tu cabellera; el temblor de las yerbecitas en tus pestañas y el tallo de las plantas en tu cuello, que al doblarse hacia mí hacía un pliegue lleno de intimidad.

Y cuando supe caminar de la mano tuya, apegadita a ti cual si fuera un pliegue grande de tu falda, salí a conocer tu valle y mi valle dulcísimo.

Los padres están demasiado llenos de afanes para que puedan llevarnos de la mano por un camino o subirnos por una cuesta. Por esto es que siempre somos más hijos de la madre, con la cual seguimos ceñidos, como la almendra lo está en su vainita cerrada. Y el cielo más amado por nosotros no es aquel de las estrellitas líquidas y frías, sino el otro de los ojos vuestros, tan próximo que se puede besar sobre su mismo llanto.

El padre anda en la locura heroica de la vida y no sabemos lo que es su día. Sólo vemos que por las tardes vuelve y suele dejarnos en la mesa una parvita de frutos dorados y rojos y vemos que os entrega a vosotras para el ro-

pero familiar los lienzos y las franelas con que nos vestís. Pero la que monda los frutos y los corta en gajitos para la boca del niño y los exprime en la siesta calurosa eres tú, madre. Y la que corta la franela y el lienzo en piececitas y las vuelve un traje amoroso que se pega bien a los costados friolentos del niño, eres tú, madre pobre, la "más tierna" de todas, la ternísima.

Ya el niño junta palabritas como vidrios de colores. Entonces tú nos pones una oración leve en medio de la lengua y allí se nos queda, viva, hasta el último día. Esta oración es tan sencilla como la espadaña del lirio y espiga así, temblorosa, hacia los ojos del Señor. Con ella ¡tan breve! pedimos todo lo que se necesita para vivir con suavidad y transparencia sobre la costra llegada del mundo; se pide el pan cotidiano, se dice que los hombres son hermanos nuestros y se alaba la voluntad vigorosa del Señor.

Y de este modo la que nos mostró la tierra como un lienzo extendido lleno de formas y colores, nos hace conocer también al Dios escondido detrás de las formas.

Yo era una niña triste, madre, una niña huraña, como son los grillos oscuros cuando es de día, como es el lagarto verde, bebedor de sol. Y tú sufrías de que tu niña no jugara como las otras, y solías decir que tenía fiebre, cuando en la viña de la casa la encontrabas conversando sola con las cepas retorcidas y con un almendro esbelto y fino que parecía un niño arrobado. Ahora está hablando así también contigo que no le contestas, y si tú la vieses le pondrías la mano en la frente, diciendo como entonces: "Hija, tú tienes fiebre".

Todos los que vienen después de ti en la vida, madre, enseñan "sobre" lo que tú enseñaste y dicen con muchas palabras cosas que tú decías con poquitas; cansan nuestros oídos y nos empañan el gozo, de oír escuchar. Se aprendían

las cosas con más levedad estando tu niña bien acomodada sobre tu pecho. Tú ponías la enseñanza sobre esa como cera dorada del cariño; no hablabas por obligación y así no te apresurabas, sino por necesidad de derramarte hacia tu hijita y nunca le pediste que estuviera tiesa y quieta en una banca dura, oyéndote. Mientras te oía jugaba con la vuelta de tu blusa o con el botón de concha de perla de tus mangas. Y este es el único aprender deleitoso que yo he conocido, madre.

Después yo he sido una joven y después una mujer. He caminado sola sin el arrimo de tu cuerpo, y he sabido que eso que llaman la libertad es una cosa sin belleza. He visto mi sombra caer sobre los campos sin la tuya, chiquitita, al lado, y era fea y triste. He hablado también sin necesitar de tu ayuda, y yo hubiera querido que como antes, en cada frase mía estuvieran tus palabras ayudadoras, para que lo que iba diciendo fuese una guirnalda hecha por las dos.

Muchas veces me han llamado fuerte y segura los hombres que no saben que el corazón de una mujer es siempre una pajilla de alero, temblorosa del miedo de vivir. Y oyéndolos yo he cerrado los ojos para esconderles la única verdad. Porque yo siento menos firme mi cabeza desde que no necesita tu brazo bajo ella, madre.

He hablado entre la muchedumbre de las gentes y después he sentido el descontento de cuanto dije viendo que la sencillez de tu hablar se ha quebrado en mí, tal vez por vanidad, tal vez por el necio deseo de dar cosas intensas a hombres endurecidos que para sentir necesitan del fuerte ale-tazo del buitre.

De las enseñanzas que me diste, una se adentró muy hondo: la de devolver. Así, madre yo he hecho las canciones de cuna tuyas y ninguna otra cosa más quisiera hacer. En la mitad de la vida he venido a saber que todos los hombres son desgraciados y necesitan siempre una canción de cuna que apacigüe su corazón.

De todo lo inútilmente pensado, de todo lo hinchadamente dicho, olvídate tú, no lo mires, y recíbeme sólo esas canciones.

Ahora yo te hablo con los hojos cerrados, olvidándome de donde me hallo para no saber que estoy tan lejos; con los ojos apretados para no mirar que hay un mar tan ancho entre tu pecho y mi semblante. Te converso cual si estuviera tocando tus vestidos y tengo las manos un poco extendidas y entreabiertas para creer que la tuya está cogida.

Como te dije, llevo el préstamo de tu carne, hablo con los labios que me hiciste y miro con tus ojos las tierras extrañas. Tú ves por ellos también las frutas del trópico, la piña grávida y exhalante y la naranja de luz; tú gozas con mis pupilas el contorno de estas otras montañas, agudas como joyas, tan distintas de la montaña desolada y roja bajo la cual tú me criaste; escuchas por mis oídos el habla de estas gentes que tienen el acento más dulce que el nuestro y las comprendes y las amas; y también te laceras en mí cuando la nostalgia en algún momento es como una quemadura y se me quedan los ojos abiertos y sin ver sobre el paisaje mejicano!

Gracias en este día, y en todos los días, por la capacidad que me diste de recoger la belleza de la Tierra como una agua que se recoge con los labios y también por la riqueza de dolor que puedo llevar sin morir en la hondura de mi corazón.

Para creer que me oyes, he bajado los párpados y arrojado de mí la mañana, pensando que a esta hora tú tienes la tarde sobre ti. Y para decirte todo lo demás que se quiebra en las palabras sin tersura, voy quedándome en silencio.

Méjico, 1923.



Página Poética

POEMAS DE LA MONTAÑA

A Pacho Valencia.

Cerca a un río que baja con mil rumores
hay en las soledades de la montaña
el refugio tranquilo de una cabaña
donde vive la reina de mis amores.

La encontré bajo el oro de una mañana
con el cántaro lleno puesto al costado,
y tuvo para el labio de sed quemado
la piedad de una nueva Samaritana.

Me miró largamente. Pero ponía
tal ternura en los ojos castos y bellos,
que yo pienso si acaso cuando bebía
me bebí con el agua la lumbre de ellos.

Después eché el caballo por el camino
y pasé galopando por la campiña,
sin pensar que en las manos de aquella niña
se quedaban las llaves de mi destino.

La noche de ese día me halló sin calma
y en vela a su llegada me vió la aurora,
porque era todo día dentro de mi alma
desde aquella mañana deslumbradora.

En busca de la reina de mis amores
al caer de la tarde torné al bohío,
y la hallé pensativa cerca del río
que bajaba diciendo cosas extrañas.

Al verme de improviso tembló, turbada,
y se encendió en la gracia de mil sonrojos,
mientras en la inocencia de su mirada
vi al Amor sonriéndome por sus ojos.

Cantaban las torcaces en la arboleda
 su canto—mitad gozo, mitad congojas—
 y las brisas jugaban entre las hojas
 con un largo y confuso rumor de seda.

Testigos: las palomas de la montaña.

Capilla: la arboleda con sus rumores.....

Y en el pobre palacio de la cabaña
 sellamos para siempre nuestros amores.

Hoy tengo una señora de mi albedrío;
 un caballo, unos perros, una escopeta
 y un palacio de pajas cerca de un río:
 todo lo que anhelaba como poeta!

RICARDO MIRO.

□□□□

EL VERSO

Dedicado cordialmente al Dr. O. Méndez Pereira.

Para que el verso triunfe debe nacer con alas
 en el tibio y oculto nido del corazón,
 sin burdos oropeles, ni artificiosas galas,
 fundido en una sola llama de inspiración.

El verso ha de ser como la misteriosa estrella
 que a los tres Reyes Magos condujo hasta Jesús,
 y por doquier que pase debe dejar la huella
 del Amor, que es perfume, y la Verdad, que es luz.

Sólo el verso que fluye terso, puro y sencillo,
 sin que tenga señales de cincel o martillo,
 como perla divina de un milagroso mar,

es el verso que vive grabado en la memoria,
 el único que es digno de inmarcesible gloria,
 el único en que vale la pena de cantar.

JOSE GUILLERMO BATALLA.

Veraguas, 1923.

PROLIERIA HYGROMETRICA R. et PAV EL GUAYACAN

Por ALEJANDRO MENDEZ P.

El presente trabajo, realizado en Santiago de Chile con el propósito de amplificar las informaciones de la Flora Chilena en lo que se refiere a la *Porliceria hygrométrica*, viene a las páginas de tan interesante revista, más que a difundir ciertos detalles científicos, a presentar para los que entusiastamente cooperan en la realización de nuestra *Sistemática Botánica*, el plan que podría adoptarse y la clase de datos e informaciones que sería conveniente recoger. Cuando sintematicemos y comprobemos con otras investigaciones lo que por ahora tenemos observado sobre plantas del país, las publicaciones que a este respecto pudiéramos hacer próximamente, sí serían contribuciones para nuestra Flora y por eso mismo, mejor favorecidos por las páginas de "ESTUDIOS".

* * *

DESCRIPCION

Es un arbusto lampiño que puede alcanzar de 2 a 4 metros de altura por unos 30cm. de diámetro. Está provisto de ramas alternas, cortas, nudosas y muy tupidas. Las hojas, de un color verde oscuro, pueden medir hasta 3.5cm. de largo; son numerosas, opuestas, casi sésiles, paripinadas con oposición y provistas en la base de dos

estípulas cortas transformadas en espinas; están compuestas de cuatro a diez pares de hojuelas de cuatro a siete milímetros de largo, oblongas, enteras y coriáceas.

Las flores son solitarias, pequeñas (miden hasta 8mm. de largo por 4mm. de diámetro) y están sostenidas en las axilas de las hojas por un pedúnculo veloso y un poco más largo que ellas. El cáliz es caedizo; consta de 4 a 5 y algunas veces de 6 sépalos profundamente partidos, aovados, de color blanco ceniciento y veloso en el exterior. La corola lleva el mismo número de hojuelas que el cáliz; sus pétalos sobresalen muy poco (miden hasta 6mm. de largo) y son enteros, obtusos, cortamente unguiculados y caedizos. El andronitis consta de diez estambres libres, un poco más cortos que los pétalos e insertos en el dorso de unas escamitas muy escotadas, ligeramente violadas y que alcanzan hasta muy cerca de las anteras. Estas son de forma acozonada, introrsas, biloculares, y dejan salir los granos de polen, que son redondos y secos, por una reja lateral. El gineceo consta de dos a cinco carpelos que forman un ovario apocárpico, suspendido sobre un pequeño ginóforo; cada uno de los 2, 3, 4 o 5 lucolamientos de que puede estar formado, lleva en su interior de 4 a 6 óvulos anátropos, suspendidos en dos hileras sobre una placentación central y de los cuales sólo uno se desarrolla. Los carpelos se juntan para formar un solo estilo, a veces más largo que los estambres, derecho y terminado en un estigma sencillo. El fruto es una cápsula septicida, de pericarpio membranoso, formado de 2 a 5 lóbulos (a veces aborta uno o varios de ellos), cada uno de los cuales contiene en su interior una sola semilla aovada, muy rica en endosperma y provista de un embrión grande, verde y derecho.

* * *

Llama la atención en esta planta la frecuencia con que varía el número de hojuelas que forman los verticilos florales. En este punto, la descripción que acabamos de hacer, no coincide exactamente con la que han presentado los auto-

res consultados. Mencionamos por ejemplo, 6 hojuelas en el cáliz y 6 en la corola, pero con esto aseveramos lo que hemos podido constatar. Decimos que el andronitis consta de 10 estambres y no de 8 como afirman Gay y Ruiz y Pavón en sus importantes obras de sistemática, porque entre las infinitas flores que hemos examinado en diferentes regiones (San Cristóbal, Bатуco y Tilttil) jamás pudimos observar un número mayor o menor que 10. En el gineceo indicamos, además de 3, 4 y 5, 2 carpelos porque tenemos la seguridad de haber visto, y en distintas ocasiones, casos de ovarios dímeros. Hay que advertir, sin embargo, que 5 es el número que predomina en todos los verticilos florales y que, por tal razón, no es difícil encontrarnos con flores rigurosamente pentámeras.

* * *

Este arbusto fue descrito por primera vez por los viajeros Ruiz y Pavón, quienes le dieron el nombre de *Porlieria hygrométrica*. El nombre genérico, (*Porlieria*), en honor del Marqués de Baxamar, don Andrés Porlier, quien siendo ministro de Indias, les prestó gran ayuda en la publicación de su obra "Flora del Perú y de Chile"; el nombre específico (*hygrométrica*) en atención a las influencias, aunque por cierto débiles, que la humedad de la atmósfera ejerce en el movimiento de las hojas y hojuelas.

Vulgarmente se conoce esta planta con el nombre de guayacán, tal vez por la semejanza que presenta con el *Guayacum officinalis*, árbol que abunda en la América tropical y que lleva el mismo nombre. La gente del campo lo llama "palo santo", seguramente por las grandes virtudes medicinales que posee su leño.

Gay lo considera como la única especie del género *Porlieria*, pero Engler-Prantl agrega además, la *Porlieria angustifolia* (Engelm) A. Gray, (norte de Méjico y Sur de Estados Unidos), y la *Porlieria lorentzii* Engl. (Argentina). El género se incluye en la familia de las Zigofiláceas, cuyas características son las siguientes: flores solitarias, herma-

froditas, generalmente pentámeras y obdiplostemóneas; sépalos profundamente partidos y pétalos unguiculados; estambres en número de 8 a 10, acompañados de escamitas enteras o laciniadas; gineceo apocárpico, suspendido sobre una protuberancia del tálamo; ovario de di hasta pentacular, con 2 o más óvulos en cada uno de sus compartimentos; fruto, una cápsula septicida o loculicida, en cada lóbulo, generalmente, con una semilla desprovista o no de endosperma y con un embrión verde, derecho y de cotiledones foliáceos. Son árboles, arbustos o hierbas de ramas articuladas y hojas comunmente opuestas, pinadas y con estípulas.

* * *

DISTRIBUCION GEOGRAFICA

El área de extensión de este arbusto en Chile (también se encuentra en el Sur del Perú) alcanza desde la Provincia de Coquimbo en el Norte hasta la de Colchagua en el Sur. Abunda sobre todo en el norte, y es allí donde los ejemplares alcanzan su mayor robustez; pero en todas partes crece alejado de la costa y busca de preferencia los cerros de poca altura. A medida que se acerca hacia las partes más altas es fácil observar que el tamaño de la planta se va reduciendo y que sus ramas se entrecruzan y vuelven más intrincadas. La planta debe perseguir con esta particularidad un amparo contra los fuertes vientos. En primavera y verano, cuando recupera las hojas perdidas en el invierno, es muy fácil distinguir el arbusto desde regulares distancias: su frondosidad, su forma globosa, y el verde obscuro de sus hojas que parece lo envolvieran desde el suelo, no permitirían confundirlo con otro.

* * *

OBSERVACIONES BIOLOGICAS

A fines de Agosto comienza la planta a dar sus primeras flores, para alcanzar, en Septiembre, su florescencia plena. Los frutos maduran en Noviembre y Diciembre.

La pequeñez de las flores, su color poco vistoso y el hecho de ser solitarias y de encontrarse casi siempre ocultas entre las numerosas hojas, condiciones éstas que unidas a la de ser estrecha la corola, privan a las flores de ser visitadas por los insectos, nos indujeron a creer que en esta planta podría ocurrir la autopolinización; y daban apoyo a nuestras suposiciones ciertos hechos importantes: 1º la proximidad en que se encuentran estigmas y anteras (introrsas) situadas casi siempre a nivel igual y cuyo contacto favorecería el viento o los movimientos de sueño de la flor (ya hemos dicho que la corola es muy estrecha); 2º el hecho de que la mayoría de los frutos, si no caen antes de concluir su desarrollo, llegan a su madurez con semillas raquílicas.

En medio de estas reflexiones, proseguimos las tentativas de encontrar un agente polinizador; mas como ellas parecieran inútiles, procedimos a hacer el siguiente experimento que acaso iba a comprobar nuestra suposición: hicimos con mimbre el esqueleto de un globo pequeño; lo forramos con una malla finísima y colocamos dentro de él una rama con una flor muy tierna. Atamos y suspendimos cuidadosamente el globito y esperamos las consecuencias. Cayeron el cáliz, la corola, los estambres y sólo el ovario continuó su desarrollo. En una visita efectuada posteriormente, sin embargo, vimos el fruto tierno sobre la malla. El tiempo no nos permitió repetir el experimento pero ya podríamos sostener con este único caso que la *Portieria hygrométrica* no es dicogámica y que los óvulos pueden ser fecundados por los granos de polen de la misma flor. Si hemos visto abejas de miel sobre ciertas flores, tenemos que advertir desde luego, que éstas visitas se realizan en raras y muy especiales condiciones. Nosotros las observamos, por ejemplo, cuando al lado de un guayacán con flores, una convolvulácea, la *Twenia confertiflora*, llamaba con el aroma y la vistosidad de sus envolturas florales a un conjunto de hambrientas abejas. Una que otra volaba hacia las vecinas flores del guayacán (en este caso no les era difícil distinguirlas), pero nunca se detuvieron sobre

ellas por momentos apreciables. Sus visitas fueron siempre cortas y por eso podríamos deducir que dichas abejas, o sufrían una equivocación, o se marchaban disgustadas, porque la corola, tan estrecha, no les permitía la entrada y, por consiguiente, la lamida del néctar (las flores son chicas, pero la boca de la abeja, aunque prolongada, no es suficiente para llegar hasta la base del ginóforo, precisamente en donde se encuentra el néctar). Tales visitas no obstante el ser raras o casuales (y que también vendrán efectuando otros insectos mucho antes de que se introdujera la abeja de miel) tienen una gran importancia para la planta: ellas pueden contribuir al intercambio del polen y a la producción de semillas que, por su gran desarrollo, asegurarían la conservación de la especie. Tendrían aquí la misma importancia que la sexualidad en los casos de las reproducciones partenogénicas.

* * *

OBSERVACIONES ANATOMICAS

Hemos realizado numerosos cortes longitudinales y transversales por las hojas y los tallos de esta planta. Lo más interesante que hemos podido constatar es la abundancia de cristales aglomerados de oxalato de calcio (drusas) tanto en la masa del mesofilo como en el abundante parenquima cortical. Después de ensayar inútilmente con el yodo y el ácido acético (convenciéndonos así de que no estábamos en presencia de granos de almidón compuestos —con los cuales tienen semejanza— ni de cristales de carbonato de calcio) colocamos una gota de ácido nítrico sobre la preparación y los cristales desaparecieron en el acto. Eran pues de oxalato de calcio.

En las hojas la capa epitelial está fuertemente cutinizada, y en el tejido clorenquimático se notan dos corridas de palizadas.

Del tallo puede decirse, además, que haciendo cortes en sentido longitudinal y transversal por las ramas que son

tiernas, se obtienen excelentes preparaciones para distinguir los engrosamientos de los vasos y la disposición dicitiledónea de los haces: se notan muy bien las porciones vasales y cribales, los rayos medulares primarios y la capa de células epidermoidales, aquí poblada de tricomas largos y de lumen reducido.

En el corte transversal por un tallo viejo, se puede distinguir el leño vivo o albura (de color amarillo claro) del leño muerto o corazón (de color café azulejo). En la albura de los diferentes trozos de madera que hemos podido observar, siempre constatamos doce fajas concéntricas. Por eso podríamos aseverar que los elementos vasales de esta planta (xilema) viven doce años.

* * *

PARASITOS DE LA PLANTA

Sobre las ramas de la *Porlieria hygrométrica*, hemos visto crecer el *Phygilanthus cuneifolius*, una Lorantácea hemiparasítica que corrientemente se encuentra sobre el espino y algarrobo. También son huéspedes del guayacán: 1º el *Thelosehistes chrysophthalmus*, forma ciliata, que se presenta en forma de copitos redondeados, con thallus dividido en tiras estrechas y dicótomas en cuyos vértices están los apotecios rodeados de pestañitas; 2º la *Xantoria parietina*, de apotecios pequeños y thallus foliáceo, extendido longitudinalmente sobre la rama; 3º la *Ramalina fraxinea* de thallus ancho, rugoso, con apotecios planos y del mismo color verde plumizo que el thallus.

Estos líquidos se encuentran sobre muchas otras plantas; pero son especialmente abundantes sobre el guayacán, ya que sus ramas, siendo tan intrincadas, pueden retener con facilidad las diferentes y múltiples esporas. Notamos, al efecto, que mientras más tupidas son las ramas, más crecido es el número de ejemplares que las cubren.

* * *

APLICACIONES

Don Ruperto Romero, distinguido miembro de una sociedad de farmacia, ha extraído del leño de esta planta una resina de color café oscuro, amorfa y de consistencia blanda, demostrándonos, al establecer sus propiedades químicas que ella es idéntica con la "resina guayaco" o "guayacina" que se saca del *Guayacum officinalis*, ya mencionado. Por lo tanto, si lográramos obtenerla en cantidades suficientes, podría usarse lo mismo que la guayacina importada, ya como reactivo químico, ya como excelente remedio contra los reumatismos, afecciones al pecho, sífilis, enfermedades de la piel, etc. y es indudable que tendría sobre aquella la ventaja de ser más barata y de no contener impurezas de ninguna clase.

Los campesinos distinguen la planta con el nombre de "palo santo", seguramente por la creencia de que su leño encierra la virtud de curar una multitud de enfermedades acaso con más eficacia que cualquier otro medicamento. Lo aplican como sudorífico, para las contusiones producidas por golpes violentos, para depurar la sangre, para quitar los dolores reumáticos, las erupciones cutáneas, los dolores de muelas, etc. y el modo de usarlo es el siguiente: *Para tomas*, colocan una ramita como de 10cm. de largo por 3 de ancho en un litro de agua; agregan un poco de cebada y hacen hervir todo hasta que el agua se reduzca a las dos terceras partes; *para baños*, aumenta la dosis de leño en la decocción.

En la industria tiene la planta diversas aplicaciones: su madera que es muy dura y más pesada que el agua (yo he determinado que su densidad es igual a 1.28), se utiliza en la fabricación de platos, tazas, cuchillos, cucharas, peines y otros utensilios análogos que la gente de campo usa corrientemente. También se hacen dientes y rayos de ruedas, tornillos, morteros, etc. En el norte, se usa como combustible, siendo uno de los más preferidos por la facilidad con que arde y el gran calor que desarrolla.

* * *

MOVIMIENTO DE SUEÑO DE LA PLANTA

Además de sus numerosas aplicaciones, esta planta tiene gran interés científico por los movimientos que ejecutan sus hojas y flores en presencia de las alternativas del día y de la noche. Durante el día, las hojuelas se encuentran extendidas y las hojas tienden en su totalidad a tomar una posición casi horizontal; durante la noche, ellas se tocan por sus caras superiores y se inclinan hacia la punta del pecíolo principal, para formar con éste un ángulo como de 30°. En este caso la hoja entera tiende a aplicarse sobre la rama.

En cuanto a las flores, que nunca logran abrirse por completo durante el día, en la noche estrechan más la corola, se dirijen hacia abajo y sus pedúnculos toman una posición vertical. Hemos podido constatar durante nuestras observaciones practicadas en diferentes regiones, y aún en ramas cuidadosamente conservadas, que las hojas prolongan su sueño (parece que el frío y la humedad de las mañanas influyeran) como hasta las 6 y media. A esa hora comienzan a abrirse las hojuelas y el movimiento que describen es lento, imperceptible a simple vista, y dura cerca de dos horas.

Llegadas las 9 horas, las hojuelas se presentan muy extendidas y se mantienen así hasta la llegada del medio día en que la intensidad del sol, las obliga a levantarse (heliotropismo) y a dirigir sus hojuelas en el sentido de los rayos luminosos (estos movimientos no los he notado en ramas mantenidas a la luz difusa del sol). Pasadas estas horas de sol ardiente, las hojas se bajan y extienden de nuevo sus segmentos; pero llegadas las 16 y media horas, principian a cerrarse, haciéndolo primero aquellas que están más próximas al suelo. Antes de las 19, las hojuelas llegan a juntarse completamente y la hoja en su totalidad, inclinándose hacia abajo, se mantiene así durante toda la noche. Este proceso se repite diariamente y a las mismas horas.

abiertas por todo el día solar. A la hora en que debían dormir, ejecutaron sus movimientos de sueño, pero débilmente, y en ningún momento llegaron a juntarse por completo. Con la venida del día siguiente (ya las ramas cumplían cuarenta y ocho horas de permanecer en la obscuridad) las hojuelas se extendieron de nuevo para no moverse más. Cumplidos 4 días justos de estar en constante obscuridad, llevamos una de dichas ramas a ambiente normal (eran las 19 horas). En ese momento las hojuelas estaban en su máximum de tensión y las hojas enteras formaban con las ramas un ángulo recto: hojas y hojuelas estaban tan rígidas que, al intentar doblarlas, su pecíolo principal y el de las hojuelas se encorvaban antes que ceder las articulaciones. Durante toda la noche ni el frío ni la humedad (era precisamente una noche nublada), ejercieron influencia notoria sobre las hojas de la rama. En la mañana estuvieron igualmente extendidas; pero habían perdido su rigidez y ya en el medio día pudieron ejecutar movimientos heliotrópicos. En la tarde durmieron completamente y en la mañana despertaron a las horas habituales.

Hemos repetido este mismo experimento y, con igual atención, hemos llevado a condiciones normales, es decir, a las alternativas del día y de la noche, ramas que han tenido 3, 4, 5 y más días de estar sometidas a completa obscuridad. Las hemos llevado algunas veces a la hora en que debían dormir y otras a la hora en que debían despertar. El resultado de las observaciones podemos expresarlo en la forma siguiente: 1º que después de 24 horas más o menos de estar sometida una rama a la obscuridad constante, ella pierde por completo el movimiento de las hojas; y 2º que si en este estado la trasladamos a condiciones normales (sea después de uno o varios días) necesita más o menos 24 horas para volver a ejecutar los movimientos acostumbrados.

Bajo luz artificial constante (hemos experimentado en un ropero con una iluminación de 25 bujías) las ramas se olvidan más pronto de ejecutar sus movimientos. Coloca-

Al Margen de los Libros

A cargo del Licenciado Manuel Roy

EL PROBLEMA ECONOMICO Y LA MUJER MODERNA

Conferencia leída en los Talleres-Escuelas de Mujeres
el 5 de Octubre;

Por J. M. QUIROS Y QUIROS

El tema propuesto «El problema económico y la mujer moderna» nos permitirá establecer cómo la desigualdad económica amenaza de muerte esta civilización que nos deslumbra con su brillo y que parece afirmarse en cimientos de granito; cómo ella afecta igualmente a las dos mitades de la humanidad: hombres y mujeres, y cómo estas últimas sirven al cumplimiento de la finalidad humana al entrar en los nuevos campos de actividades que se renuevan de continuo en la fragua milagrosa de las grandes invenciones.

No entramos a explicar lo que es el problema económico, pues ello es labor inútil: su existencia se destaca ante los letrados con todas sus circunstancias motivadoras y los legos lo conocen también por sus efectos lacerantes.

El rico en su opulencia sabe que hay seres desgraciados que fatigan su cerebro y su músculo por un escaso mendrugo de pan y que, mientras él y los suyos viven una vida que no gozaron los más poderosos emperadores del Oriente fantástico y legendario, hay madres desfallecientes que miran con la angustia más atroz el cuadro espeluznante de sus hijos harapientos que con la mirada perdida y con el llanto ahogado por la muerte claman por el mendrugo que ella no podrá darles.

Esos ricos opulentos saben que esa situación angustiosa de tantos semejantes suyo debe variarse, pues la felicidad

no es legado de unos pocos y el derecho a la vida se hace indiscutible por ser indispensable para la realización de los altos fines humanos; pero, saben también que el único remedio está en una sabia reforma del régimen actual de propiedad privada y que esta reforma acabaría con los privilegios que gozan.

Por su parte, el infeliz que no obstante haber trabajado siempre con todo el vigor de su mente y de sus músculos, vé su hogar convertido en un antro de miseria y de dolor, sabe que esa no es la suerte que merece y al paso ostentoso del rico heredero parásito social, que sume su existencia en la holganza y el vicio, siente en su alma algo incomprensible que un momento fatídico tornará en rencor latente, que hará más desgraciada su existencia.

Pero este estado de cosas está llamado a desaparecer pues la voz del obrero se ha dejado oír amenazante de uno a otro confín de la tierra y ha conmovido las conciencias, originando elevados propósitos de reivindicación.

Esa voz desgarradora de indignación y de dolor ha tocado el alma delicada del poeta, que en versos bellos y vibrantes nos señala en lo alto del andamio, sustento de vida y amenaza perpetua de muerte, al obrero que con la mano en alto le dice al opulento de la tierra que esa mano es la mano que edifica, pero que es también la mano que destruye (1).

Hemos señalado cómo se presenta el problema económico y cómo se avecina su solución. Bueno es que nos detengamos a examinar sus causas.

Espíritus egoístas en su mayoría, sostienen que el régimen actual de propiedad privada es justo e irremplazable. Afirman que bajo el imperio de los principios liberales todos gozan de iguales posibilidades de hacer fortuna y que esta igualdad de oportunidades origina una concurrencia que impulsa el progreso humano.

(1) *El andamio*. — Joaquín Dicenta.

Estas afirmaciones son falsas de toda falsedad, pues bien sabido es que el rico heredero concurre en condiciones tanto más ventajosas cuanto mayor sea el acervo de su herencia y que los capitalistas aislados y los "trusts" impiden la concurrencia de nuevas energías en sus campos de acción, de manera que no hay tal igualdad de posibilidades ni tal libertad de concurrir.

Esta desigualdad de oportunidades y ante todo los obstáculos que los capitalistas establecidos presentan a los nuevos aspirantes obliga a la mayoría de éstos a alquilar su trabajo a aquéllos, lo que resultaría provechoso para ambos y cabría dentro de los moldes de la equidad y la justicia si se pagara el justo valor del trabajo; pero siempre el capitalista impone contratos leoninos que le permiten apropiarse parte considerable del producto del trabajo ajeno.

Esas mismas condiciones establecidas por el capitalismo originan la falta de trabajo que reclaman tantos brazos vigorosos y tantas mentes fecundas.

Ha contribuido a privar de trabajo a tantas personas el incremento cada vez mayor de la fábrica y de la gran fábrica que con el empleo de máquinas cada vez más perfeccionadas y con la aplicación de la electricidad han reemplazado la energía humana.

Podría creerse que los unemployments (personas sin empleo) son elementos innecesarios que ha dispensado de toda labor el establecimiento de la máquina-factura; pero he aquí que para aceptar esa creencia se haría indispensable que estos individuos exentos de obligaciones, gozaran de todo lo necesario para satisfacer sus necesidades y que todo ser humano pudiera vivir con el confort que permite la civilización moderna; y en la actualidad no pasa así. El obrero sin trabajo ve extinguirse su existencia y la de los suyos sin que nadie se preocupe de su mal y el confort de la vida civilizada sigue siendo privilegio de unos pocos.

De estos hemos de deducir que los hombres sin trabajo deben entrar en los campos de actividad a fin de obtener el pan para los suyos y multiplicar los productos en manera

tal que nadie sufra las torturas de una necesidad no satisfecha. No debe haber en el mundo un sólo ocioso mientras haya un semejante nuestro privado de habitación confortable, de vestido y alimentos, de los medios de comunicación que necesite y de los elevados goces del espíritu.

Esto no sucederá jamás, pues las necesidades son ilimitadas en su número y siempre surgirá una nueva, cuya satisfacción requiera un nuevo esfuerzo. Y esto que podría creerse un suplicio del ideal humano es por el contrario alimento de ese ideal ya que el trabajo es una necesidad del cuerpo y del espíritu, origen de esos goces elevados que sirven de razón a nuestra existencia.

Esta misma necesidad de trabajo es la que impulsa a la mujer moderna a la lucha contra los regimenes establecidos a fin de colaborar con el hombre en todos los campos de actividad. Ella cumple así su deber, sirviendo al cumplimiento del destino social humano, que es la felicidad común, pero a menudo ha errado en los procedimientos por desconocer las causas que estorban el ejercicio de sus facultades.

Oliva Schréiner, distinguida socióloga inglesa en su importante obra "La Mujer y el Trabajo" combate todos aquellos prejuicios que hicieron decir a Lord Byron, de la manera más desdeñosa, que deberíamos vestir y alimentar a las mujeres, pero no mezclarlas en nuestra sociedad, que deben ser instruídas en religión, pero que han de ignorar la poesía y la política y no leer más libros que los piadosos y los culinarios, y a la señorita Suavan que "el verdadero mérito de la mujer es saber leer los Evangelios y bordarse los pañuelos", y prueba cómo se comete un gravísimo error al despreciar el concurso femenino, pues se priva a la humanidad del "caudal de inteligencia y especialmente de los anhelos de bondad y de justicia que constituyen el verdadero fondo espiritual de la mujer".

Explica como todo el clamoroso coro de quejas que exhala la mujer moderna puede encarnarse en este grito: "Dadnos trabajo y la educación precisa para trabajar. Pedimos esto, no para nosotras solas, sino para la raza".

Comienza por reseñar los cambios que se han originado en la condición de la mujer. Nos la presenta en estado salvaje vagando al lado del hombre, trabajando con él en la adquisición de algunos alimentos y aderezando los que él adquiriría por la caza a la rapiña; y en los primeros tiempos de la vida sedentaria cultivando la tierra, segando el ganado, construyendo las chozas, tejiendo los vestidos, modelando las vasijas de barro, estudiando las propiedades medicinales de las plantas, curando la familia, criando y educando los hijos; mientras el hombre cazaba o combatía.

Luego nos dice cómo el aumento de los grupos humanos hace innecesario que todos los hombres salgan a la caza y a la guerra y cómo los exentos de esta obligación y los guerreros a su vuelta privan a la mujer de varias labores hasta entonces suyas —como el cultivo de los campos, la edificación, la fabricación de vasijas— dejándolo sin embargo importantes labores —como las de condimentar los alimentos, tejer los vestidos y tapices, elaborar las bebidas y los medicamentos, criar y educar a los hijos.

Pasa después a los tiempos del vapor y de la electricidad y nos hace ver cómo donde quiera que estos elementos son aplicados en la ejecución del trabajo humano surge una legión innúmera de individuos que ven desaparecer los antiguos campos de su actividad, y cómo al mismo tiempo que esos nuevos elementos hacen de un valor relativamente escaso la fuerza física del hombre la demanda de sus facultades intelectuales, la necesidad de un gasto de energía nerviosa y el ejercicio de una pericia manipuladora delicada han crecido inmensamente; de manera que si el campo del trabajo humano se ha contraído por uno de sus lados (el físico) por el otro (el intelectual) se ha extendido inconmesurablemente.

Explica cómo este trabajo intelectual recae exclusivamente sobre el varón, originando con su exceso, ese agotamiento nervioso del hombre moderno de las clases elevadas, quien, no obstante esta carga que pesa sobre sí, mantiene frecuentemente un número mayor o menor de mujeres enteramente parásitas.

Anota que sería insensato que el hogar moderno se dedicara a hilar, hacer los vestidos, fabricar las vasijas del servicio, gastando energías que no satisfarían debidamente las necesidades de la familia y que hoy nos ofrecen las máquinas a precio exiguo; que el aseo de la casa resulta labor sencillísima con el empleo del gas y la electricidad; que hasta las bebidas y alimentos se obtienen preparados, en forma más ventajosa y que, en fin, la educación de los hijos se ha tornado función social y se ha encomendado a personas extrañas; originando todo estos el parasitismo de la mujer.

Protesta enfáticamente de ese parasitismo que originaría con la degradación de la madre, la degeneración de la especie y exige que los nuevos campos de trabajo se abran a la mujer contemporánea.

Apoya esta tesis también en que, según ella, ha ocurrido otro cambio que ha hecho disminuir la demanda del trabajo pasivo de la mujer como productora de individuos con la invención mecánica que ha aminorado la necesidad del trabajo rudo, ineducado, muscular y hace que ya hoy lo que exija la sociedad no sean muchos hombres, sino pocos, bien criados y bien instruídos; de manera que una fecundidad ilimitada ha sido ya en muchos casos un mal irremediable y se avecina un tiempo en que la paternidad y maternidad serán privilegio de los que hayan demostrado su capacidad para educar su prole y mirar por ella.

Hemos expuesto largamente las ideas de Oliva Schreiner porque esta mujer eminente ha sabido abordar brillantemente estos problemas y presentar en forma razonable todos los argumentos del feminismo.

Ella ha sabido dar a éste una razón noble que, por nuestra parte y con gran satisfacción de nuestro ánimo, le reconocemos sin ambages: ese deseo de la mujer razonable o instintivo de librarse de la inactividad y de la degeneración en beneficio de la humanidad y de la especie; ese temor a depender únicamente de las funciones de su sexo.

Y es necesario que reconozcamos la nobleza de los pro-

pósitos y también los peligros del parasitismo femenino, pues como dice un proverbio muy sabio por cierto, la ociosidad es madre de todos los vicios y de madres corrompidas saldrán generaciones igualmente corrompidas; las cualidades de la madre pasarán a los hijos por la herencia y su ejemplo se grabará en sus corazones y sus cerebros en esos años en que la mente es cual suave cera que se moldea al capricho del artífice.

Es necesario aceptar como observa nuestra autora que no es posible que el hombre pueda progresar en sus facultades físicas y en su vigor intelectual mientras su compañera permanece estacionaria e inactiva sin tomar parte en los trabajos de la sociedad, fuera del pasivo cumplimiento de las funciones de su sexo, pues si la inteligencia de ella se debilita, se debilita la del hombre que lleva en su seno, si sus músculos se emblandecen, también los de aquél, si ella decae, decae la raza.

Nada tendríamos que objetar hasta aquí a las brillantes exposiciones que nuestra autora ha sabido deducir de las enseñanzas de la historia y de la observación propia de los hechos, si no fuera porque afirma que las condiciones actuales exigen que la producción de hombres sea reducida y que se avecina un tiempo en que la paternidad y maternidad será privilegio de unos pocos, de manera que millones de mujeres caerían así en el parasitismo más absoluto si no se les permitiera entrar en los nuevos campos de actividad creados por las nuevas condiciones y ocupar el puesto que reclaman.

Aceptamos como ella que una fecundidad ilimitada ha sido ya en muchos casos un mal irremediable, pero esto se debe a que los principios de solidaridad humana han sido sacrificados ante los derechos egoístas del individuo, como explicaremos adelante.

La Schréiner al defender la limitación de los hijos sufre el terror de Malthus de que la producción llegue a ser insuficiente para las necesidades del consumo. Parece que ella ha olvidado que la célebre ley del economista inglés "la

población tiende a aumentar según progresión geométrica, en tanto que los medios de subsistencia no pueden aumentar sino según progresión aritmética”, ley que según él obligaría a los hombres a limitar por voluntad propia el aumento de población, no ha sido comprobada, por el contrario las cosas han ocurrido en forma muy diversa.

Henry George, ese sociólogo angloamericano a quien, según Lloyd George, conceden los ingleses la misma atención fervorosa que a la Biblia, nos dice en su obra “Progreso y Miseria” que “se inspeccionará el mundo y se revisará la historia en vano para encontrar algún ejemplo de un país considerable en el cual la pobreza y la necesidad pueda atribuirse con justicia al exceso de una población creciente”.

Charles Gide por su parte, en su Curso de Economía Política, nos observa cómo ha transcurrido un siglo desde la publicación de esta célebre doctrina y hasta la fecha la experiencia no ha justificado las previsiones pesimistas de Malthus y cómo hasta parece haber desmentido por completo sus dos famosas progresiones.

Gide añade que podría decirse que “el repentino y enorme adelanto que ha tomado la producción sobre el consumo, en estos últimos años, depende de causas que no están destinadas a repetirse, tales como el cultivo de continentes nuevos y el impulso que la máquina de vapor ha dado a los medios de transporte” y que “al cabo y al fin, bien evidente resulta que la tierra, con sus 13 millones de hectáreas, de las que sólo 9 parecen cultivables, no podrán mantener a un número indefinido de habitantes. Pero después de decirnos esto, teniendo en cuenta que aunque “la naturaleza no pone a nuestra disposición más que una cantidad limitada de cada producto especificado, nos ofrece en cambio un número verdaderamente infinito de combinaciones” concluye que no hay motivo para pensar que jamás se vea el hombre falto de lo necesario para su existencia.

Recordamos aquí la cosecha de algo más de 110 toneladas de verdura por hectárea obtenida por M. Ponce con su cultivo intensiva, caso de que nos habla Kropotkin en su

importante obra la "La Conquista del Pan"; reconocemos que la inteligencia humana puede llegar a preparar químicamente alimentos hasta hoy desconocidos; que seguramente fue la admiración de maravillosos inventos lo que hizo decir a Faraday, "nada hay demasiado asombroso que no pueda ser verdad". Sin embargo no somos tan optimistas como se muestra Gide en la conclusión que copiamos adelante, la que sólo aceptaríamos si prevalecieran las causas económicas, sociales y morales que él estudia después y que tienden a disminuir la natalidad humana: causas cuyo estudio no cabe en los cortos límites de este trabajo.

Creemos con Paul Leroy-Beaulieu que "la natalidad varía en razón inversa del grado de civilización, entendiendo por esto 'el desarrollo del bienestar, de la instrucción, de las ideas democráticas y nuevas' porque es cierto que "al mismo tiempo que el bienestar, surge la preocupación del porvenir, y las necesidades aumentan más aun que el bienestar".

Pero esto sucede por las condiciones actuales de propiedad privada. Si hubiera un reparto mejor de las riquezas esta preocupación desaparecería y la maternidad sería dor de todas las mujeres. Mientras esto no suceda los remedios propuestos para evitar la esterilidad artificial que muchos médicos han condenado por nociva, resultarían fallidos y si no, veamos el ejemplo de Francia donde las leyes dictadas para estimular el aumento de población no han dado el resultado esperado.

No se crea que caemos en contradicción al hablar de la maternidad como un bien que gozan todas las mujeres que lo deseen cuando hemos dicho antes que no somos tan optimistas como Gide al afirmar que no hay motivo para pensar que jamás se verá el hombre falto de lo necesario para su vida, pues, por nuestra parte, aunque sí tememos que bajo el imperio de principios de solidaridad que garanticen la felicidad de todos podría llegar el momento en que nuestra tierra no pueda mantener su población, este momento

sería tan remoto que, por esto y por su dudoso advenimiento, no debe ocupar la atención de nuestra generación ni de muchas que le sucedan.

Habiendo concluído así que la mujer no está privada de su condición de madre, sino por razón de un mal reparto el remedio de esta privación no está en darle otro trabajo sino en reformar el sistema de distribución de la riqueza.

Este remedio es en el último análisis el de todos los males que afectan a la humanidad y por ello el problema del reparto ocupa la atención de todas las mentalidades vigorosas y bien intencionadas.

Nosotros, uniendo el débil esfuerzo que nos permiten nuestras capacidades a la labor de esas mentalidades selectas abordamos este tópico en la memoria presentada para optar el grado de Licenciado en Derecho, en el cual probamos como el derecho de propiedad ha de limitarse a su justo contenido, convirtiéndolo en una verdadera función social, lo que traería consigo el bienestar de todos. Por las consideraciones anteriores creemos haber probado que no sirve a la causa del feminismo el argumento de que la mujer en la sociedad moderna está privada de ser madre.

Pasemos ahora a probar como el feminismo, según lo enseña Gide: no es más que uno de los aspectos del movimiento democrático" y cómo la aspiración feminista es idéntica a la del siervo de la Edad Media y, en el aspecto económico, a la del hombre sin trabajo de nuestros días.

Estas afirmaciones nuestras son opuestas a la opinión de la señora Schrëiner que dice que "no hay asomo de verdad en la aseveración tan frecuente y aun proferidas por personas pensadoras de que si las mujeres de la raza europea actual esperan pacíficamente a los hombres hayan resuelto su propio problema del trabajo, hallará que de consuno han resuelto al mismo tiempo el de ellas".

No obstante reconocer los quilates de nuestra opositora no podemos aceptar su opinión, que encuentra en su misma obra una de las pruebas de su inexactitud, en la cita que hace del "hecho patente e innegable de que donde se agita la

cuestión del trabajo del hombre, se agita también el feminismo". Trae la señora Schröiner en apoyo de su tesis el hecho ya anotado de que el hombre ha tomado a su cargo el enorme trabajo mental que exigen la conservación del progreso actual y los nuevos inventos que han de impulsarlo más y más y que ese recargo de trabajo abrevia millares de vidas y produce ese agotamiento nervioso, ese "surmenage" que origina la infelicidad del hombre moderno.

Según ella para aminorar esta carga que pesa sobre el varón, para matar esa neurastenia que se ha hecho mal del siglo, es necesario que la mujer lo alivie de parte de la carga que pesa sobre él. Luego esta necesidad es una razón del feminismo.

Pero hay que tener en cuenta los millones de hombres sin trabajo que si tomaran parte en las nuevas actividades humanas destruirían o aminorarían al menos, los males anotados.

Nosotros creemos que para evitar ese doble mal del agotamiento de los que trabajan y de la miseria de los desocupados se hace indispensable que éstos ayuden a aquellos en su labor, pero creemos además que para que la humanidad pueda producir todo lo que necesita para que todos y cada uno de sus miembros puedan satisfacer todas o el mayor número de sus necesidades y deseos se hace indispensable que la mujer colabore con el varón en la forma que resulte más provechosa para la sociedad.

Ahora, reconocemos —y eso lo exige la Historia con sus Aspacias, Safos, Olimpías, Cornelias, Isabelas, etc., para citar sólo mujeres de otras edades— que la mujer está capacitada para colaborar en todos los campos de actividad humana y que no debemos privarla de ninguno de ellos. La mujer como acertadamente observa la eminente pedagoga sueca Ellen Key después de presentar el ejemplo de las boers, ni siquiera está privada de servir en la guerra como combatiente pues no hay ninguna imposibilidad *natural* que se lo impida.

No es que queramos convertir las mujeres en soldados

ni que sea con el fusil al hombro o haciendo funcionar el cañón atronador la única forma de servir en esa obra de devastaciones suicida. Hacemos esta observación como prueba del reconocimiento que hemos hecho de las capacidades de la mujer para laborar en toda clase de actividades.

Dadas estas circunstancias hemos de reconocer a la mujer todos los derechos civiles y políticos que les permitan laborar sin restricciones en todos los campos de actividad. Así serviremos a la causa de la democracia y si ayer al acabar con los despotismos entraron cerebros vigorosos hasta entonces alejados del Gobierno del Estado a reemplazar a los déspotas y cortesanos ineptos, hoy al dar este otro paso hacia el ideal democrático elementos valiosos hasta ahora alejados de las delicadas funciones públicas podrán traer nuevas energías y señalar tal vez orientaciones nuevas.

No hay razón alguna de verdadero mérito en contra del feminismo bien entendido, esto es, como aspiración de la mujer a cumplir su finalidad humana, laborando en beneficio de la comunidad.

Esta aspiración de la mujer ha sido de todas las épocas pero se ha hecho sentir últimamente con mayor vigor por las condiciones de parasitismo casi completo a que se les reducía, pues aunque es cierto que muchas mujeres tomaban parte en las actividades de la industria, del comercio, de la educación y en los amplios campos de las Ciencias y las Artes, constituían tan sólo una fracción reducidísima.

Desgraciadamente se ha confundido muchas veces el feminismo con lo que podríamos llamar "politiquismo", o sea, ese deseo de tantas insensatas de convertirse en políticas de profesión, interviniendo en todos los negocios públicos, estén o no preparadas para ello.

Estas pseudo-feministas resultan así una de las más perniciosas plagas sociales y es necesario enseñarles que la política debe ser una labor adicional del individuo y que en esta forma puede ser cumplida por todos los asociados, cualquiera que sea la labor remunerada a que se dediquen si excluir siquiera a la madre de familia, que, por la Prensa

seguiría la marcha de los negocios públicos y con su voto cuya emisión le obligaría simplemente a darse un paseo especial hasta las urnas de votación, intervendría en el gobierno del Estado.

Aquí convendría estudiar si debe considerarse el ejercicio de los derechos políticos como un deber del individuo o si por el contrario debe dejarse a su opción usarlos o no, considerando que el no uso de ellos es la manifestación de su conformidad con las decisiones de los demás; pero este estudio nos alejaría del tema principal y alargaría demasiado este trabajo.

Hemos defendido las aspiraciones feministas y creemos que las legislaciones del mundo deben reconocer a la mujer todos los derechos que reconoce al varón y exigirles igualmente el cumplimiento de todos los deberes.

Consecuentes con esta opinión nos permitimos observar la necesidad en que están nuestros estadistas de examinar nuestra legislación a fin de armonizarla con estos principios. Nosotros no tenemos espacio para reseñar siquiera las reformas necesarias, lo que por otra parte, sería labor supérflua, pues ya antes con gran acierto ha sabido hacerlo la primera Licenciada de nuestra Facultad y una de las mentalidades femeninas más fecundas de este suelo, señorita Clara González, en su tesis "La Mujer ante el Derecho Panameño".

Hemos probado cómo la mujer exige —y ha obtenido ya en muchos países— que se le permita tomar parte en todas las actividades sociales y cómo esta exigencia tiene una razón económica: la necesidad de la ayuda de la mujer para poder producir todo lo necesario a la satisfacción de las necesidades y deseos de todos los seres humanos; entendiendo por necesidades y deseos no sólo los que atañen al cuerpo sino también los que corresponden al espíritu, pues no aceptamos, como afirman Proudhon, Kropokhin y tantos otros obsesionados, que la sociedad puede pasarse sin prosa, versos, música, pintura etc., convencidos como estamos de que una sociedad a la cual se privare de todas las efusiones del

espíritu, se vería cercenada por el suicidio y la muerte inmediata de tantas almas delicadas que no podrían adaptarse a la vida de las bestias y el resto se matarían unos a los otros o se desbandarían en hordas, volviendo así la especie humana, en rápida regresión, al salvajismo primitivo.

No obstante lo expuesto hemos de anotar que nada ganaríamos con reconocer a las mujeres el *derecho* a laborar en todos los campos de actividad, si con ello sólo se obtiene que sea mayor el número de seres que con *derecho al trabajo* se ven privados de él y que, nada ganaríamos tampoco con limitar las horas de trabajo de la mujer, pues toda limitación de horas de labor, sea de ella o del varón, sólo sirve para reducir el salario; como a prohibición de trabajo de los niños para hacer más pesada la carga de los padres.

Todo esto nos enseña que no debemos creer causas del mal lo que sólo son efectos; que debemos conocer el mal mismo y extirparlo, pues al desaparecer éste, necesariamente desaparecerán sus efectos.

Ya antes lo hemos dicho: el mal está en ese derecho de propiedad abusivo (de contenido exagerado) que permite al capitalista mantener su propiedad sin explotar, limitar la producción haciendo subir el precio de los artículos, impedir la concurrencia y forzar al obrero a alquilar sus brazos por una paga miserable.

Este derecho de propiedad así tiene en su apoyo un concepto de la libertad-derecho que hemos de sustituir por la libertad-función de que nos habla Duguit en sus exposiciones sobre las Transformaciones del Derecho Privado.

Esas condiciones creadas por ese exagerado derecho de propiedad permite que la mujer sea tratada, en peores condiciones que el hombre, porque es mayor la oferta de brazos femeninos (por ser mayor también el número de mujeres que el de varones y ante todo el de desocupadas que el de desocupados) y porque ellas acostumbran ofrecerse para servicios más o menos idénticos.

Pesa también en contra de la mujer el prejuicio de su inferioridad, pero ésta desaparecerá más que por una pro-

paganda en su favor —que llegue hasta sostener como la señora Schröiner que el dominio que tiene la mujer de sus facultades reflexivas sobre las combativas puede hacer que ésta ocupe un puesto superior al del hombre ya que esas facultades combativas van perdiendo su importancia— por la extirpación del mal mismo que origina todas las miserias de nuestra época.

Para extirpar este mal hemos de limitar el derecho de propiedad a su justo contenido, haciéndolo servir a a finalidad humana: el bien común, que es en último análisis su único fundamento.

Hemos de limitar también la libertad individual, que se conexiona con el derecho de propiedad, y que también es un derecho mientras sirve al cumplimiento de esa misma finalidad y solamente en esas condiciones.

Una propiedad y una libertad que estorban la felicidad común no están dentro de los marcos del derecho.

Cuando hagamos imperar estos conceptos de estos dos derechos en estudio, entonces el propietario cultivará su suelo, explotará su mina, hará circular su capital, so pena de verse castigado por la sociedad por medio de sabios impuestos y todos hombres y mujeres encontrarán ocupación con el advenimiento de tantas labores hoy desatendidas, y los productos se multiplicarán y se abaratarán, haciéndose accesibles a todos los seres humanos.

Y llevando más lejos nuestro vaticinio, el nuevo concepto de libertad permitirá el imperio de igualdad y de la solidaridad humanas y se establecerán entonces sistemas distintos de reparto que superarán con mucho, al que para su orgullo ha sabido implantar Henry Ford en sus industrias, donde el obrero gana seis balboas diarios, tiene habitación confortable y además es accionista.

Cuando estos sistemas de reparto imperen, cuando los hombres se tratan como hermanos, quedará resuelto el problema económico que afecta tanto al hombre como a la mujer moderna.

En el curso de esta conferencia que hemos escrito en ratos robados a nuestros deberes de oficinistas y estudiante, creemos haber probado que el feminismo es una aspiración democrática que apoyan razones económicas pero que nada serviría si no se reformaren los sistemas de propiedad privada; y que reformados éstos aumentará la felicidad humana.

Es necesario por tanto obtener esos cambios que clama la humanidad dolida y que los poderosos deben favorecer si no quieren que ellos se operen mediante revoluciones que en sus violentas sacudidas derrumben el terreón de su intransigencia y los aplasten en su caída. Ellos han de ser prevenidos y prepararse para el nacer de nuevos días en que no gozarán del poder de hacer la miseria de los demás, pero que les brindarán condiciones de vida que tal vez les permitirán ser más felices.

La mujer por su parte ha de seguir preparándose para asumir con éxito feliz las funciones sociales de su natural inclinación con el convencimiento de que no habrá campo alguno de la actividad humana vedado para ella.

Por eso los gobiernos que sepan dispensar a la educación de la mujer toda la importancia que ella tiene, merecerán el aplauso más decidido de los pueblos que les han encomendado sus destinos; por eso queremos expresar aquí nuestro aplauso sincero a nuestro primer mandatario por la reciente fundación de esta Escuela Profesional de Mujeres, que formará tantas hábiles servidoras de la Patria y por eso la fundación de una escuela como ésta dedicada a favorecer al elemento pobre y que ha sabido ampliar su radio de beneficios a todas las capas sociales; de una escuela como ésta, brote espontáneo de almas generosas, es natural que merezca el aplauso más ferviente que al expresarlo las palmas lleve en su ruido las vibraciones del corazón.

DISPONIBLE

TODOS LOS MATERIALES USADOS

EN LA

PANADERIA

DEL

===== TALLER =====

DE

Pedro A. Diaz

SON SIEMPRE PUROS Y FRESCOS

Calle 5ª No. 35

Teléfono 523

Banco Nacional de Panamá.

CAPITAL Y RESERVA: B. 1.066.087,09

INSTITUCION DEL ESTADO FUNDADA EN 1904

**ADMINISTRADOR Y DEPOSITARIO DEL GOBIERNO DE LA
REPUBLICA DE PANAMA**

Está en condiciones de prestar toda clase de servicios bancarios por medio de sus Agentes que mantiene en todas las Provincias.

**Compra y venta de giros sobre el exterior.—Operaciones de
Banca en general.**

DISPONIBLE

Compañía Internacional de Seguros

SOCIEDAD ANONIMA

== PANAMA ==

CAPITAL: B. 2.000.000

Asegura contra riesgos
marítimos y de incendio.

“LA LEGITIMIDAD”

JOSE PADROS

Calle A. No. 7. Panamá. Apartado postal 660

Depósito de los afamados cigarrillos de la Habana

“LA LEGITIMIDAD”

Gran surtido de Cigarros Habanos de las acreditadas
marcas Henry Clay, Bock y Cía. y La Corona.

DEPOSITO EN COLON

UNIVERSAL BAR, FRENTE AL PARQUE.

APARTADO No. 132

TELEFONO No. 279.

DISCOS.

VICTROLAS.

LA POSTAL

GERVASIO GARCIA,

PROPIETARIO

Avenida Central, No. 68.—PANAMA.

A este establecimiento concurren obligadamente todas las
personas amantes de la buena música, a proveerse de
Victrolas y Discos de la afamada casa VICTOR
y siempre salen satisfechas.

Por cada correo llegan a LA POSTAL, las mejores Revistas y
Periódicos de España, Centro y Sur América, en que
colaboran los más renombrados escritores
de habla hispana,

Postales de diferentes clases y a precios muy bajos.

INSTRUMENTOS DE CURD

La práctica en este negocio nos permite ofrecer a nuestra numerosa
clientela los mejores artículos en el ramo de PAPELERIA
y útiles de escritorio.

POSTALES.

REVISTAS.